Guruyense

"En décimas a Zitarrosa su cofrade Lucio Muniz refleja aquella voz ""con calor de latido"" / Sin adiós ni desencanto, vuela y canta liso el duende de Alfredo"
"El viernes pasado se cumplieron ocho años de su muerte pero mas allá de lo físico la perdurabilidad afectiva de Alfredo Zitarrosa es una constante artística y hondamente simbólica que le gana al tiempo y a las distancias. Uno de sus mas fraternos aparceros, Lucio Muniz, esta a punto de grabar unas décimas que escribió en 1992 a la manera de un dialogo intimista con aquel ""Flaco"" lírico, solidario, hondamente entrañable, cuyo canto no cesa en el corazón del pueblo.
""Era un pulmón y un puñal
esgrimido en su momento
y tocaba a sentimiento
campanas de miel y sal
sabía del bien y el mal
que viviendo había aprendido,
a veces estaba herido
o también sano y sin prisa,
volaba en una sonrisa
que era un pájaro sin nido""
Pasaron ya ocho años que se cumplieron el viernes pasado, pero el cantor sigue desgranando su copla mas allá de la muerte física -""esa intrusa"", como la calificaba Jorge Luis Borges en el vuelo de su metáfora- que en la jornada del 17 de enero de 1989 sumía a todo un pueblo en el dolor profundo por la perdida de una de las voces que mejor interpreto sus vivencias.
Tres años después de la muerte de Alfredo Zitarrosa -que en alguna esquina sin tiempo sigue cantando a los acordes del ""Violín de Becho"" y de la ""Guitarra negra""- uno de sus mas entrañables amigos, el músico, poeta, compositor e interprete, Lucio Muniz, escribió en su pagos de Treinta y Tres unas décimas que fueron, a su modo, el mejor tributo de reafirmación fraterna hacia el viejo camarada de sueños y largos caminos transitados en el sendero del arte del pueblo.
El inicio de esas décimas, que Lucio grabara muy pronto acompañándose con su propia guitarra, encabezan estas líneas y asegura la condición de un homenaje del alma que hacemos nuestro, para recordar junto a los lectores que ocho años después de su adiós final Alfredo sigue presente en lo espiritual con su voz y sus tonos poéticos y musicales, con sus vivencias y sus cálidas anécdotas, con sus vivencias y sus cálidas anécdotas, con su poesía y su prosa, con trilla de periodista andariego, con su sentido social y solidario y también, en afiche rumoroso, con la sugestividad de su estampa de romántico incurable.
Por eso, al difundir por primera vez masivamente esas décimas de Lucio a través de las paginas de El País, un hálito de suave, fina nostalgia reintegra de alguna forma su flacura de bohemio y lírico impenitente entre las volutas del humo de su cigarrillo que acompañaba con el trago de caña o el mate amargo de las intimas confidencias.
En ese recuerdo perenne, las décimas de Muniz -un creador de estirpe en su versátil condición de poeta, cantor, músico, compositor y estudioso infatigable de la historia y la literatura- son como un directo al corazón para alentar las cosas que no se olvidan: -""Tantas veces lo escuché/ -resonando a violoncelo-/ confiar tan sólo en un cielo/ que es la tierra, -creanmé-/ que ahora que a la tierra fue,/ dejando cantos, por huella,/ el cielo lo guarda en ella/ como a un hijo que ha querido,/ salvándolo del olvido/ de su voz, porque es su estrella"".

A esta altura, desandando el tiempo, seria un lugar común el afirmar que Alfredo esta mas allá de todas las distancias, aunque el aserto surge de manera inevitable por si solo, pese al riesgo cierto de las reiteraciones.
A ocho años de su muerte, aquella voz honda, ancestral, sin parecido posible, continua marcando una de las mas entrañables referencias del arte popular junto a una personalidad que siempre fue tajantemente definida, sin vacilaciones, aunando al hombre de libros y de calles bien caminadas, de poesía y de música, de largas fraternidades y madrugadas sin sueño en aquellas ruedas del boliche, donde como tantas veces lo hemos dicho daba vuelo en voz alta a sus devociones de siempre, encabezadas -como en el caso de su aparcero Lucio Muniz y tantos otros cofrades- por el verso humanista y desgarrado de Cesar Vallejo y la poesía para siempre de Pablo Neruda.
En esa ráfaga de nostalgias inevitables, resurge el Alfredo artista y el hombre común, el militante de la libertad y el que en el duro exilio de tantos años mantuvo siempre enhiesto el sentido de cantar ""a la uruguaya"", sin renuncies y agachadas, con el alma del terruño asomando en cada una de sus interpretaciones.
El hombre de la voz grave, honda, incomparable en su estilo, y de la poesía humanística, de la música y del periodismo, el muchacho grande que siempre alentó en el fuero intimo, aun en su madurez, que seguía recordando aquellos comienzos como locutor de radio que fue un pasaje casi directo al teatro, a la literatura y al propio canto nacional.
El de la camaradería como una impronta natural, impostergable, que se hace ahora cosecha generosa de una prodiga siembre en las décimas de Lucio: -""Voz con calor de latido,/ vibrante y filosa daga,/ averiguando en la llaga/ que halla quien algo ha pedido;/ 'recuerdo permanecido'/ por razón de 'no olvidar'/ conque se puede alcanzar/ el placer de la tristeza./ Canción que yéndose, empieza/ como un río, a retornar"".
Por allí, en la evocación de Alfredo -mas allá de su biografía y de su trayectoria artística, tantas veces recreadas al detalle- retoma en la grabación fonográfica la ternura juvenil de aquella pionera ""Milonga para una niña"" para de inmediato, entre tantos y tantos temas, las coplas y ""La Milonga cañera"", la dura templanza de ""Mire amigo"" y la pintura, rebelde, descarnada y tierna a la vez, de ""Doña Soledad"", el buril costumbrista de ""El taipero"" y la reciedumbre y el compromiso de ""La canción del cantor"" y ""Adagio en mi país"", la suave melancolía de ""Stefanie"" y la hondura reflexiva de ""Que pena"", el abrazo solidario por ""El compadre Miguel"" y todo el hálito ciudadano de ""Poeta al Sur"", con ""Los boliches"", de Nacho y Yamandú, plenos del embrujo y el misterio de la noche, el amor, el desamor, los logros, las frustraciones y las quimeras (...).
Espíritu de asfalto ciudadano y de raíz telúrica, de calle y campo, de genuina proyección popular sin bajar nunca la puntería: escribiendo con lenguaje de pueblo, pero buscando siempre la decantación poética y la solidez melódica y armónica que refleja el sonido y los sentimientos de la multitud o del hombre en soledad.
Hace ya ocho años que Alfredito dijo adiós, aunque sin irse del todo, pues le sobrevive su canto invicto que no cesa en el corazón del pueblo, su aparcero mayor y definitivo.
Cuando Lucio, hermano militante de la vieja ilusión, grabe las décimas en tributo al ""Flaco"" de la voz de trueno y el corazón de pan, será una forma justa de agregar otro homenaje para siempre, de perfiles particularmente entrañables, al locatario de la perenne devoción multitudinaria, aquí y en muchos rincones del mundo.
En esos versos de Muniz, que deseábamos compartir con el lector, el duende de la guitarra le pone a las décimas toda la magia de lo que no necesita de explicaciones, simplemente, se asimila al compás del corazón, con el alma a flor de piel:
""No hay adiós ni desencanto

porque el verso te renace,
y un milagro viejo se hace
nuevo acá, y es por el canto;
hay un respetuoso llanto
que rescata pluma y rosa,
violoncelo que reposa
porque herido el pulso, cesa,
pero que ileso regresa:
vuela y canta: Zitarrosa"""

El País, 19 de enero de 1997